

# LA VIRGEN MARÍA EN EL CURRÍCULO EDUCATIVO

INMACULADA FDEZ.-QUERO  
GEORGINA FDEZ.-QUERO  
COLEGIO SAN JOSÉ DE CLUNY  
POZUELO

## INTRODUCCIÓN

Hace aproximadamente unos diez años empezó a aparecer en los libros de religión el concepto de “secularismo” como una de las realidades sociológicas con las que debía contar el cristiano del siglo XX (ya XXI) y como uno de los fenómenos que habían cambiado radicalmente el entorno religioso y cultural de nuestra civilización occidental. Ya entonces esa desaceralización de la sociedad en cualquiera de sus ámbitos (fuera artístico, moral, o simplemente de costumbres) era algo perfectamente evidente para cualquier observador medianamente profundo que –echando una ojeadita a su alrededor– comparara la cultura de los últimos veinte años con la propia de un pasado no excesivamente lejano.

Hoy el grado de evidencia es tal que ni siquiera puede considerarse como un hecho a observar sino como una especie de mar en el que estamos sumergidos hasta el cuello. Lo que Heidegger definiría como “la falta de Dios” o Bubber como “el eclipse de Dios” aplicándolo al campo de lo filosófico, ha desbordado cualquier sistema teórico o línea de pensamiento para invadir el espacio de lo cotidiano: el secularismo vive en la música, en los medios de comunicación, en los planes familiares, en la distribución del tiempo, en la forma de celebrar las fiestas, en los razonamientos...

Y el secularismo se palpa –como desde una tribuna de excepción– en los centros educativos cristianos.

Permítaseme dos ejemplos que pueden parecer extremos (¡ojalá lo fueran!). Recientemente me comentaba un compañero de profesión –y de vocación– que había acudido con sus alumnos de ESO y Bachillerato a la proyección de la película que Mel Gibson ha realizado sobre la Pasión de Cristo; no es mi intención entrar en el comentario de la cinta ni de las reacciones que suscita, sólo quiero citar aquí el hecho de que un numeroso grupo de los alumnos asistentes se sintió realmente sorprendido al enterarse de que lo que acababan de ver no era una leyenda, ni un cuento, ni una especie de relato mitológico, sino que había ocurrido de verdad.

Otro ejemplo. Para intentar evitar en lo posible el cimentar mis clases de religión sobre arenas movedizas, suelo pasar un cuestionario a los alumnos que llegan nuevos al colegio en 1ª de Bachillerato; dejando a un lado, por puntuales, respuestas que merecerían entrar con honores en cualquier antología del disparate (“belén”: es la *maqueta* que saca mi abuelo en las *vacaciones* de navidad). Querría citar algunos de los conceptos que fueron dejados en blanco por más de la mitad de los preguntados: Semana santa, apóstol, Nuevo Testamento, san Pedro, eucaristía, Tierra Santa, santo, decálogo, purgatorio, Última cena... Otros términos como gracia, sacramento, cuerpo místico o redención no obtuvieron absolutamente ninguna respuesta.

Dado que la mayor parte de cristianos practicantes llevan a sus hijos a colegios católicos y dado que las familias cristianas suelen relacionarse en gran medida con otras que también lo son, es muy posible que estos datos puedan parecer excesivamente catastrofistas. Puedo asegurar que no lo son. Y afirmo también que cerrar los ojos a la magnitud de la amplitud del fenómeno de la secularización de la cultura es uno de los problemas que llevan a enfocar demasiadas veces de forma errónea la educación religiosa.

No creo que haya que preocuparse tanto por la falta de interés de los educadores católicos como por su optimismo. La respuesta mayoritaria de una clase ante la invitación a llevar flores a la Virgen durante el mes de mayo nos proporciona una cándida alegría; el aluvión de peregrinos en camino hacia Santiago nos llena de júbilo, aplaudimos a los rocieros y nos repetimos unos a otros que no estarán tan mal las cosas si el poder de convocatoria del Papa es de tan gran envergadura.

Afortunadamente, sin duda, todas esas manifestaciones se dan y constituyen oportunidades de lujo para la acción de la gracia. Pero no es suficiente y, a la hora de programar la educación religiosa, no son una base suficientemente realista. Necesitamos hacer mucho más.

Necesitamos, primero, proporcionar unos conocimientos objetivos, serios, profundos y adecuados a la realidad de los alumnos.

Necesitamos comunicar un cuerpo de valores éticos diferenciados y diferenciadores, capaces de transformar la sociedad y de contribuir a la propagación del Reino.

Necesitamos fomentar unas respuestas específicamente cristianas, unas actitudes, posturas y opciones vitales cristianas; una forma de pensar y de sentir cristiana.

Cierto que hay contenidos que no resulta excesivamente difícil abordar. Hablarle a cualquier adolescente de la solidaridad, del amor, de dar la vida por los amigos, de la lucha contra la injusticia, de la igualdad... no es del todo complicado. Pero entremos en otros aspectos como el perdón, la vida interior, el pecado, la Iglesia o la Virgen y notaremos de inmediato que la cosa cambia.

Y precisamente del tratamiento que se da a la figura de la Virgen en la educación tratamos hoy.

## I. DESCARTANDO ENFOQUES PARCIALES

¿Cuáles son las posturas (o algunas de las posturas) posibles a la hora de abordar el tema de la Madre de Dios?

Podemos basarlo, en primer lugar, en la necesidad de conocerla en cuanto que es –sin lugar a duda– un elemento básico de la cultura de occidente; sin un conocimiento mínimo sobre su persona no se puede entender ni la música, ni las artes plásticas, ni un buen cúmulo de manifestaciones populares. Un profesor de arte me comentaba, escandalizado, que en un examen de PAU se había descrito a una Inmaculada de Murillo como “señora volando rodeada de cabezas”; en cuanto a La Piedad de Miguel Ángel fue confundida con una representación de Romeo y Julieta.

Indudablemente aunque tan sólo fuera para abrir la posibilidad de entrar en contacto con cualquier forma de arte de origen europeo ya estaría de sobra justificado un estudio sobre quién es y qué significa la persona de María de Nazaret. Y esto, mal que pese a los defensores de un mal entendido laicismo, independientemente de que el estudiante en cuestión fuera creyente o no lo fuera.

Otro posible enfoque del asunto es considerar que en un mundo con acuciantes problemas morales como la violencia, la desigualdad, la pobreza, el consumismo compulsivo, el hambre o los avances de la ingeniería genética, no queda demasiado tiempo para detenerse en exceso en otros temas más “decorativos” de la religión cristiana –como la Virgen, por ejemplo–. Lo cierto es que los educadores que optan por “ir a lo esencial” suelen arrinconar a la Virgen dejándola –eso sí– en muy buena compañía, dado que con ella meten en el trastero de lo “no urgente” otros *detalles* como la gracia, la infalibilidad del Papa, la redención, la vocación, la santidad... y otros tantos temas que carecen de inmediata aplicación social.

Que profundizar en la vida y cualidades de un ama de casa de hace cientos de años pueda ser uno de los puntos de partida más eficaces para lograr la transformación del corazón del hombre contemporáneo y de las estructuras contemporáneas, no parece ser algo muy evidente. Lo digo porque hace poco asistí a una disertación que oponía una educación religiosa excesivamente “ornamental” a una educación religiosa “ideológicamente pura” (sic. ambas comillas); huelga decir que los temas marianos formaban parte de los elementos “ornamentales”.

Existe un tercer enfoque adoptado por muchos y bien intencionados colegios con ideario católico. Se trata de continuar utilizando los mismos métodos pedagógicos y los mismos recursos de hace un cuarto de siglo en la suposición –desgraciadamente incorrecta– de que las cosas, en el fondo no han cambiado tanto. Es indudable que todo lo que se hace es bueno –el rezo del Ángelus, la imposición del escapulario, las novenas...–, pero si no se acompaña todo ello con una formación muy bien planificada y enraizada en la psicología y características específicas de los jóvenes y adolescentes de

hoy, corremos el riesgo de que muchas cosas carezcan para ellos de sentido.

Planteémonos la necesidad de dar a la figura de la Virgen un tratamiento serio en nuestras planificaciones pastorales.

## II. ¿QUÉ DECIR SOBRE MARÍA?

Primero hay que ofrecer un conocimiento completo, atractivo y profundo de su persona, sus circunstancias y sus virtudes; y eso íntimamente relacionado con su papel en la historia de la salvación. Expliquemos con claridad los dogmas que a ella se refieren, siempre desde un enfoque cristocéntrico y en clave de “gracia”. Habrá que tener mucho cuidado al hacerlo. Ni podemos abordar las realidades marianas desde un punto de vista de tal altura teológica que resulte incomprendible para los que nos escuchan, ni debemos dejar a un lado aquellos temas que puedan parecernos excesivamente abstractos limitándonos a hacer de María una presentación de “andar por casa” que se conforme con los relatos de sus apariciones en el Evangelio o con los tópicos de más fácil transmisión (que era “buena”, que era “humilde”, que “cuidó de Jesús”).

Conocer a María es, como decíamos, tener información veraz y completa sobre su tiempo, los hechos claves de su vida y sus innegables valores personales; pero es también reconocerla como madre de Dios, corredentora, mediadora, inmaculada, virgen, asunta y reina. Todo ello es imposible si los temas marianos no se dan en profunda conexión con el resto de la doctrina cristiana. ¿Cómo hablar de la corredención si la redención no ha sido explicada a fondo? ¿Cómo hablar de su maternidad divina sin que la encarnación sea tratada con anterioridad de forma clara? ¿Cómo afirmar que es mediadora fuera del entorno de la significación de la comunión de los santos o del cuerpo místico? ¿Cómo reconocerla como “inmaculada” si no se tienen claras las ideas acerca del pecado original y sus consecuencias?

El conocimiento de la Virgen no puede ser una “Unidad” aparte, como no se puede explicar el gótico sin hablar de la Edad Media o como es tarea inútil abordar la enseñanza de

un idioma extranjero cuando los cimientos de la Lengua castellana no están firmes.

Sentadas las bases del conocimiento sobre ella habrá, en segundo lugar, que entrar valientemente en su presentación como ejemplo para los cristianos.

Pero habría que empezar por creer, en serio, que María constituye un ejemplo de excepción para cualquiera que se plantee vivir una vida realmente enraizada en Jesucristo. Si los profesores no ven la absoluta necesidad del seguimiento de la Virgen en el camino hacia la santidad, con poca ilusión y fuerza van a animar a sus alumnos a imitarla. Si se considera que en la actualidad existen “modelos” más adecuados a la problemática del adolescente de hoy y que la figura de la Virgen no es indispensable como guía en el camino... careceremos de fuerza de convicción.

Pero María no es un modelo optativo: es *el modelo* por excelencia. En ella se compendian y se resumen todas las actitudes, sentimientos y posturas que conducen a una amistad verdadera con Dios. ¿Nos creemos eso?

Finalmente, habrá que dedicar tiempo y esfuerzo a fomentar y orientar una auténtica relación personal de nuestros alumnos con ella.

Hace algunos años, un alumno de BUP (entonces había BUP) me comentaba la impresión que le causó darse cuenta de que la profesora de física, mientras cuidaba los exámenes de junio, rezaba el rosario; no es que anduviera por ahí haciendo sonar las cuentas para llamar la atención sobre el hecho, pero tampoco se escondía. Y era la profesora de física: paradigma de la exactitud, del espíritu científico y de la seriedad en los planteamientos... y rezaba el rosario. Se lo comenté yo a mi vez a la profesora de religión de ese mismo curso que me confesó que se había dejado el tema de la Virgen para el final y –como suele ocurrir– había quedado sin darse; me dijo también que el mismo alumno al que yo me refería y otros cuantos más, le habían preguntado por el significado del rezo del rosario después del examen de física. Un ejemplo vital había producido más frutos que mil palabras.

Sé que existe –y me parece un problema de no fácil solución– la siempre vigente polémica sobre si la enseñanza de la religión debe limitarse a los aspectos “informativos” o ha de

incluir orientaciones de índole “catequética”. Todos estamos, evidentemente, de acuerdo en que la asignatura de religión es, ciertamente, una “asignatura” y como tal debe ser el vehículo para transmitir conocimientos objetivos, veraces y exentos de enfoques parciales. Pero me pregunto si el profesor de música, cuando habla de la belleza de la forma coral, no espera que sus alumnos aprendan a disfrutar con ella; o si el profesor de arte, en una visita guiada al Museo del Prado, no orienta sus esfuerzos a hacer posible que los que contemplan una obra maestra lleguen a ser capaces de extasiarse ante ella; o si la asignatura de Ciencias de la tierra no persigue (incluso en su mismo planteamiento curricular) fomentar –por ejemplo– un espíritu ecologista que ayude a mantener vivo y sano nuestro planeta.

Claro está que en el examen de música no será evaluable el gusto musical, ni se puede suspender en arte a un alumno que declare que los cuadros de Velázquez le parecen un desastre, ni el hecho de tirar al suelo una bolsa vacía de patatas deberá influir en la forma de puntuar una respuesta sobre la importancia del reciclaje. Del mismo modo ningún profesor de religión tiene derecho a que la vivencia religiosa de sus alumnos (sea en sentido positivo o negativo) afecte a sus calificaciones.

Hasta ahí todos de acuerdo. Pero, ¿cómo decirle a un adolescente que María es su Madre, que en ella tendrá siempre consuelo y apoyo, que jamás estará sólo si a ella se confía... y hacerlo como quien comunica el mecanismo de la regla de Rufini?

Deberemos apartar de nuestra consideración a la hora de evaluar cualquier aspecto que no sea el de los conocimientos específicos, pero en cuanto a la exposición de la doctrina es inevitable decir –porque es parte de la doctrina misma– que la religión implica “religación”, que la fe es una experiencia personal, que –por ejemplo– el hecho de que María sea mediadora abre un mundo de posibilidades infinitas de esperanza.

La posibilidad real de contar con María en nuestra vida, de acudir a ella cuando el dolor haga acto de presencia, de imitar su manera de vivir y sentir... es parte de lo que deben saber de ella; aunque, por supuesto, la respuesta personal del que recibe esa información quede absolutamente fuera de nuestros elementos de evaluación.

### III. LA VIRGEN EN EL CURRÍCULO DE “RELIGIÓN”

Cuando al comienzo de un curso le llega a un profesor la hora de elegir su libro de texto (bien sea porque ha cambiado el currículo, bien sea por que no le gustaba el anterior o bien sea por lo que sea), la cosa suele ser complicada. Primero suele darse que el programa que pone el Ministerio para la asignatura no acaba de convencer, luego viene el momento de buscar una editorial –y la oferta es de lo más amplia–. Estoy por conocer un profesor que, tomándose en serio su materia, esté dispuesto a adoptar un libro sin sentirse en la necesidad de quitar algo, añadir algo o cambiar algo.

La religión no podía ser –como asignatura– una excepción. Y en lo que se refiere al tema de la Virgen en el diseño curricular de la Conferencia Episcopal hay opiniones para todos los gustos.

Para unos el enfoque que se da es demasiado teórico, demasiado ajeno a las motivaciones concretas del alumnado; querrían contenidos más “ceranos” que permitieran a los chicos “enganchar” mejor y más fácilmente con su persona y su significación.

Para otros el espacio que se le concede es demasiado escaso. Ciertamente que las citas directas de María y las unidades que a ella se dedican son más bien pocas en comparación con otros temas. El acercamiento filosófico a la búsqueda de Dios, el pueblo de Israel o los ateismos contemporáneos, por ejemplo, multiplican notablemente su espacio en relación al que se dedica a la Virgen y su puesto en la historia de la salvación. También es verdad que cualquier profesor, por poco que se espabile y el tema le interese, puede hacerla aparecer en una multitud de ocasiones aunque su aparición no venga señalada en el propio currículo.

Hay quienes opinan que se la presenta casi como un “apéndice” del que se puede prescindir, sin que por ello la línea general de pensamiento y la consecución de los objetivos generales se viera excesivamente afectada. Hay que reconocer que en numerosas ocasiones se echa de menos la expresión explícita de su relación con Cristo y la Iglesia de Cristo y que, probablemente por una cuestión de organización metodológica, se concentra todo lo que a ella se refiere en una docena de páginas cuyo abigarramiento y densidad (si se



pretenden dar todos los contenidos teológicos que aparecen) hacen que muchos profesores salgan del paso con poco menos que una mención.

Y si en lo que respecta al enfoque general podemos encontrar todas estas y otras muchas más opiniones, el asunto se complica cuando se trata del “tipo de Virgen” que unos y otros consideran adecuado mostrar.

Es lógico que si la propia figura de Jesús de Nazaret ha sido objeto de tratamientos más o menos “manipulados”, la figura de la Virgen lo sea también.

Unos quieren incidir en la virgen del pueblo, la persona humilde en un país sometido (con mayor o menos implicación política según se oriente); otros se aferran a un tipo de devoción mariana firmemente arraigada en las tradiciones populares cuya corrección teológica no siempre es total; hay quien quiere presentarla adornada con todo el peso de los dogmas, otros de sus joyas, otros revestida de la mayor sencillez; para algunos al currículo le falta teología, para otros le sobra... es evidente que no puede llover a gusto de todos.

Y María no puede ser reducida a ninguno de esos aspectos porque es todo eso y mucho más.

#### IV. ALGUNOS CRITERIOS GENERALES

Pero, independientemente de los diferentes matices que cada profesor quiera dar a sus clases sobre la Virgen, siempre hay unos criterios básicos sobre los que podemos y debemos ponernos de acuerdo. En primer lugar porque la Iglesia sigue siendo la maestra que marca los caminos en los que no hay error y en segundo porque –dada la extraordinaria dificultad que encierra hoy día dar clases de religión– permítaseme que les suponga a todos los profesores unas estupendas intenciones de hacerlo bien.

Así que siguiendo las indicaciones del Papa podríamos “sentar unas bases comunes” para dar un enfoque correcto a María, Madre de Dios, en nuestras clases.

Ser serios. El ejemplo, el significado, el mensaje y la persona de la Virgen merecen la pena. No nos dejemos los temas marianos para el final o pasemos por ellos como quien pla-

nea. Pensemos detenidamente la forma de motivar a los alumnos para hacerlos más receptivos en estos puntos y hablemos de ella sin improvisar. Desgraciadamente con demasiada frecuencia los temas de María se solventan con un “trabajo”, una “poesía” o un dibujo. Mejor concedámosles la importancia que se merecen.

Ser fieles. Fieles a las directrices de la Iglesia para que lo que enseñemos no sea producto de nuestra propia interpretación de la vida y persona de María sino lo que la Revelación, la Tradición y el Magisterio nos han transmitido. Estudiemos pues lo que desconozcamos y presentémoslo sin parcializaciones.

Ser claros. El vocabulario que utilicemos será definitivo. Si nos movemos entre un conjunto de monemas “angelicales” cuya comprensión por parte de los adolescentes y jóvenes de hoy sea nula (la “excelsa”, la “clemente”...) sin explicarlos, estaremos hablando al viento. Si, por el contrario, decidimos prescindir por completo de todos aquellos términos que puedan tener dificultad, puede que estemos privando a nuestros oyentes de un bien cultural y –lo que es más importante– de contenidos que requieren conceptos específicos para ser nombrados. Intentemos evitar, también, las palabras que puedan sonar antiguas o “cursis” cuando no sean necesarias (a un chico de catorce años se le puede explicar muy bien lo que significa tener un corazón “virgen” sin tener que referirnos, por ejemplo, a su “sacratísima pureza”). Busquemos, en resumen, la forma clara, veraz, cercana y precisa para hablar de ella.

Ser cristocéntricos en nuestros planteamientos. Todo el valor de la Virgen le llega, básicamente, de su condición de Madre de Cristo y es en relación a Él cuando todo lo que a ella se refiere cobra sentido. No la desliguemos de la obra de la redención y procuremos explicar claramente lo mariano como parte integral de lo cristiano.

Ser hijos. Manifestemos nuestro amor y nuestro respeto hacia ella. Que al escucharnos los alumnos puedan descubrir una madre, una mediadora, una amiga, un ejemplo a seguir.

Si nos proponemos con seriedad hacerlo bien pronto veremos que no es tan difícil. Hay muchas e importantes cosas que podemos decir y debemos decirlas.

## V. ORIENTACIONES METODOLÓGICAS

Prácticamente en todos y cada uno de los libros que abordan temas educativos, se hace mención a la necesidad de considerar al alumno como una “persona integral” y de tener en cuenta, por lo tanto, a la hora de programar las clases, tanto sus capacidades cognitivas como afectivas, tanto sus circunstancias personales como su entorno social.

Si el diseño curricular de Religión nos da unas pautas básicas, esto no quiere decir –como no lo quiere decir en absolutamente ninguna asignatura– que el trabajo de programar esté terminado.

Además los objetivos y recursos que podemos encontrar en el currículo no se refieren exclusivamente –ni siquiera específicamente– a la Virgen. Adaptarlo es tarea nuestra.

A) El alumno piensa y siente. Aprende pensando y aprende sintiendo. Ni es posible llegar a su mente eludiendo su afectividad ni es posible incidir en su afectividad ignorando las necesidades de su mente. A la Virgen se la “conoce” conociendo el significado del dogma de la Asunción, pero también se la conoce oyendo hablar de su ternura o de su alegría; a la Virgen se la descubre al profundizar en la herejía arriana pero también en una película sobre los milagros de Lourdes; María es la mujer que aparece seis veces en el evangelio (y habrá que saberlo, claro), pero también es la madre firme al pie de la cruz o la invitada que pide a su Hijo que convierta en vino el agua de una boda. María tiene que ser teoría y vida.

B) El alumno se encuentra siempre en un momento evolutivo sumamente concreto. Me ha extrañado poderosamente al repasar diversas editoriales la prácticamente nula diferenciación que se lleva a cabo de los temas marianos en relación a la edad del alumno. Hay unidades de 2º de la ESO que podría transponerse casi en su totalidad a 4º sin que se notara ningún cambio sustancial.

Me parece un asunto serio y preocupante porque no deja de ser un indicador de lo poco que se relacionan los temas de María con el resto. Pero cualquier profesor debe subsanar ese posible error.

Hay un vocabulario para cada edad, unos temas prioritarios en cada edad, unos recursos de motivación adecuados a cada edad... y hay que programar contando con ello.

Los jóvenes, en concreto, demandan un tipo de enseñanza en la que lo cognitivo y lo afectivo deben encontrar un difícil equilibrio. No podemos llegar con nuestra “Virgen” de primera comunión privándoles de las riquezas a las que podrían acceder si nos tomáramos la molestia de presentárselas. Lo cual implica, necesariamente, que el proyecto pastoral del centro que sea, haya planificado bien un conocimiento progresivo de María desde los primeros curso. Porque –salvo raras excepciones– será lo que se haya sembrado en los primeros años lo que constituirá la base y el cimiento en que apoyar nuestros esfuerzos posteriores.

C) Los colegios con ideario cristiano suelen tener en sus actividades pastorales algunas muy relacionadas con la persona de la Virgen. Hay colegios que continúan celebrando el mes de Mayo, en otros es costumbre el rezo del Ángelus, otros organizan oraciones marianas comunitarias o juegos florales. Procuremos, en todo esto, buscar un equilibrio pedagógico.

Un exceso de devociones que no hayan sido explicadas y justificadas (en cuanto a su sentido) con anterioridad se pueden convertir en números de feria que provocaran más males que bienes. Resulta muy triste el espectáculo de grupos de adolescentes burlándose –literalmente– de las “movidas” (utilizo un término escuchado a uno de ellos recientemente) marianas. Conseguir que bajen doscientos si no saben ni por qué ni para qué lo hacen (y aún peor si no quieren hacerlo) es un arma de doble filo.

En el otro extremo están los centros que han decidido suprimir de un plumazo toda celebración o rezo mariano comunitario. Honradamente creo que pasarse por ahí tampoco es saludable. Si una clase se acostumbra a rezar el Ángelus, por ejemplo, y tras el hábito adquirido en los primeros años llega la explicación y la comprensión de su significado, estará diariamente uniéndose a toda la Iglesia en una vivencia privilegiada de ecumenismo.

Hábitos, pero no vacíos; celebraciones no impuestas sino motivadas; fiestas adecuadas a cada edad y nivel educativo; flores (¿por qué no? Se las llevamos a las madres) pero no como una costumbre folklórica ni mucho menos obligatoria, sino como un acto de amor.

D) No hay editorial perfecta. Ni siquiera el currículo de la Conferencia Episcopal puede considerarse “cerrado” en

cuanto que no puede salir al paso de todas las situaciones socioculturales de los distintos centros. Hay que adaptarse al entorno sociológico.

Si en un centro localizado en un barrio de muy bajo nivel adquisitivo queremos que conozcan a la madre de Jesús ¡lo tenemos tan fácil si les hacemos notar –puesto que es rigurosamente cierto– que era uno de ellos! Saber que pasó, como ellos, dificultades, que no lo tuvo fácil, que fue la madre del Pobre entre los pobres, que –como ella– en medio de las penalidades humanas se puede encontrar la más profunda felicidad.

Quizá si estamos trabajando en un colegio de alto “standing” no sea oportuno incidir de forma tan explícita en esos pormenores; pero cada grupo social tiene sus problemas (vg. padres que trabajan sin tiempo para dedicar a sus hijos) y es posible que ellos recibieran de muy buen grado la presencia de una madre en sus vidas.

Dedicar mucho tiempo a la Virgen en el arte puede que no sea lo más urgente en un colegio de integración, pero podría dar pie a muy interesantes trabajos entre alumnos más privilegiados culturalmente.

Los ejemplos podían ser muchos, pero en definitiva se trata de una sola idea vestida de muchas maneras: que la riqueza inmensa de la figura de María ofrece facetas más que suficientes para salir al paso de las necesidades y capacidades receptoras de cualquiera.

## VI. UNA ESPERANZA PARA EL MUNDO

Porque María es el modelo perfecto. Cada vez con más fuerza, los educadores palpamos la dificultad inmensa de transmitir valores en un mundo que carece de ellos o que –mucho más grave– ha convertido en valor lo que no hace sino arrancarle al hombre su dignidad.

A nuestro alrededor comprobamos a diario cómo nuestros alumnos se levantan y se acuestan en una sociedad donde la violencia está a la orden del día, el materialismo les ahoga, el consumismo les engaña con falsas promesas de felicidad, la imagen del hombre se encuentra burdamente desfigurada y

todo tipo de orientación trascendente rebota contra las paredes de un indiferentismo feroz.

Nos preguntamos una y mil veces cómo romper las barreras que nos permitirían transmitirles una Verdad que la mayoría de las veces ni siquiera están dispuestos a escuchar; y con qué lenguaje hacerlo, y qué recursos emplear. Ellos, mientras, escuchan a sus héroes particulares y generan todo tipo de actitudes de imitación, y nosotros sabemos que –además de formación, atención, conocimientos...– tenemos que sustituir sus héroes antiéticos por otros.

¿Es María un héroe que podamos presentar hoy? Recurrimos a hablar de Teresa de Calcuta, de Luther King, de san Maximiliano Kolbe, y hacemos muy bien puesto que su vida y su obra son infinitamente de ser imitadas; pero tenemos dos peligros: primero que es estupendo que a uno le presenten un héroe que no le va a comprometer demasiado (¿cuántos alumnos nuestros terminarán dedicando por amor de Dios su vida a los enfermos, o darán su vida por los derechos de otra raza o se ofrecerán por salvar a otro en un campo de exterminio?) y segundo que –a nivel cotidiano– necesitamos modelos más asequibles al día a día de los jóvenes a los que formamos.

Necesitamos educar en la paz, en la sinceridad, en la pobreza bien entendida, en la alegría del corazón, en el perdón, en el valor, en la humildad y la falta de prepotencia, en la capacidad de hacer grandes cosas sin darle importancia, en el valor de la familia, en el amor sencillo y cercano de un humano hacia Dios...

Es posible que alguien al leer esto piense que, puestos a buscar modelos para los jóvenes de hoy, no parece lo más oportuno recurrir a una mujer de hace más de dos mil años: creo que quien opine así no se ha leído a fondo el evangelio. Evidentemente nos será de gran ayuda auxiliarnos con el relato de la vida de cualquier personaje actual (o película, o música, o cualquier otro recurso que les entre por los ojos o los oídos), pero todo lo esencial que queramos contarles está en María y se puede explicar desde su vivencia y su específica respuesta.

Sé que no estamos acostumbrados. El material pedagógico mariano no suele ser de una gran calidad –salvo contadas excepciones–, y poco a poco, casi sin darnos cuenta, hemos

ido dejando de citarla como el humano perfecto a cuya imagen podemos configurarnos.

Quizá existan demasiadas connotaciones sociológicas que impiden que la citemos con la naturalidad con que mencionamos a Edith Stein en una clase de filosofía o a santa Teresa de Jesús al tratar el renacimiento. Pero creo sinceramente que merece la pena que hagamos el esfuerzo.

La Virgen en la educación religiosa y en la educación en general podría –debería– ser un héroe que los cristianos nos atreviéramos a mostrar. Hay un importante camino de adaptación pedagógica que llevar a cabo al respecto. ¿Por qué no empezar a intentarlo?